

# Caso 457

María Fernanda Ortiz Benavides

Estudiante de Fisioterapia

Tercer puesto

Abrió uno a uno los cajones de su escritorio, herencia del anterior empleado, y en él no halló más que polvo y una carta, también un poco empolvada. La tomó para dársela a alguno de los compañeros que le rodeaban, pero, finalmente, al desempolvlarla, decidió quedarse con ella. El puesto que había conseguido se anunciaba con bastantes detalles en el periódico. Necesitaban un investigador para una firma de investigadores privados en el centro de la ciudad. Él se había formado como uno; además de criminalista y según sus instructores, era bastante perspicaz e intuitivo. Su bienvenida no había sido siquiera sorprendente o entrañable. La entrega del puesto de trabajo había sido algo burda y despersonalizada. El hombre le había indicado desde el pórtico de la oficina y a lo lejos, cuál era su cubículo, diciéndole lo siguiente:

El puesto 16 es su lugar de trabajo; en algunos momentos le enviarán los casos que irán siendo delegados a su mano o, recibirá una llamada de la secretaria de la oficina; ella le redirigirá a usted las llamadas que requieran la atención directa de un investigador.

El hombre no tardó en la tarea más de dos minutos. Para no desencajar con el tono serio y formal de la oficina, solo afirmó con la cabeza y se dirigió a su cubículo de trabajo, donde se había encontrado con el escritorio. Decidió abrir la carta, pues no estaba dirigida a nadie, y la curiosidad le venció el pulso por la decisión. Trató de abrirla despacio, despegando los pliegues de la carta, pero notó que era un ruido muy alto; entonces, empezó a romper el sobre de manera lenta por uno de los costados, mientras intentaba ahogar el sonido del papel rompiéndose, haciendo presión con el pulgar, sobre el sendero de la ruptura. Fue desdoblado la carta de manera lenta, y vio el título que decía:

Para mi próximo reemplazo: te advierto, con el mayor sentido humanitario, que salgas cuanto antes de este empleo o, de continuar allí, no recibas los casos

457 y 458 que probablemente te entregarán para que hagas seguimiento; son una trampa; en realidad, yo perdí mi tiempo y arriesgué mi vida por tratar de averiguar la verdad, sin saber que a la agencia no le interesa resolver casos como ese. En aquellos dos casos en particular, no acudas a los lugares de los hechos; mucho menos lo hagas solo. Si decides rechazar mis advertencias y aceptas los casos, siempre ve armado.

El hombre, en realidad pensó que aquella podría bien ser una jugarreta de sus compañeros que, más interesados en los casos hubiesen querido que él los cediera; probablemente eran casos sencillos y así podrían aprovechar para ganar algo más de dinero. De un momento a otro sonó el teléfono sobre la mesa; él, asombrado, contestó:

– John, puedes venir por tus casos; en la secretaría ya hemos dejado los folios correspondientes; están numerados 457 y 458. Allí adjunto está el contacto de los clientes.

Inmediatamente acabó de decir aquello, colgó y se dirigió al lugar. John recogió los expedientes y los llevó hasta su cubículo, el número 16. Inmediatamente puso los folios sobre la mesa, volvió a llamar la secretaria y le dijo:

– John, uno de los clientes quiere hablar contigo en la línea.

Él, con intriga respondió: Sí, pásalo, por favor.

– No tomes el caso; será tu sentencia de muerte.

Dijo una voz apagada que fue acompañada inmediatamente por un sonido sostenido que indicaba que la comunicación había terminado. John pensó que más fácil era pedirle el estúpido caso que andar con esos jueguitos; seguramente la secretaria, cómplice de otro detective, había ayudado a organizar la pesada broma para conseguir que John abandonara los casos. Sin más tiempo que perder, John abrió el folio, haciendo caso omiso a las ‘jugarretas’ de sus compañeros y comenzó a leer el informe que había redactado el anterior detective en la presentación del caso.

– La escena que encontré en el lugar era grotesca; la sangre, bajo el pórtico de una puerta rota, anunciaba la escabrosidad del hecho. Sobre las paredes, manos cubiertas de sangre se deslizaban de arriba abajo y de izquierda a derecha, erráticamente, en todas las direcciones.

John, intrigado más por el caso, continuó leyendo:

No solo hubo un forcejeo, sino que el occiso parecía conocer técnicas de defensa personal, pues lleva algunos documentos que lo acreditan como un exoficial de policía, aunque de nada pareció servirle, por lo que deduzco que fue atacado por más de dos personas. Me baso en algunos charcos de sangre, en los que se distingue varios tipos de huellas; entre estas, solo una

concuera con las botas que usaba el expolicía. Otra de las causas que me llevan a suponer de un homicidio premeditado es que el occiso tiene signos de tortura. Entre las pertenencias hay una carta que le advierte de un peligro constante en aquel lugar. He tomado algunas fotos; en ellas solo se aprecia lo que describo anteriormente, pues en estos casos estos registros fotográficos son importantes.

Al leer lo anterior, John asombrado busca al detective anterior a cargo de este caso; lo más sorprendente es que en realidad el hombre resulta ser un detective de una agencia al este de la ciudad, que investigaba un caso de la desaparición de varias personas en un poblado y, por alguna razón, le había llevado a una vieja fábrica donde suponía se llevó a cabo la desaparición y ejecución de las personas; pero solo los conductores habían logrado salir. Y eso sí, bastante presurosos. Para ser más exactos, el caso 457 es en verdad, la investigación de la muerte del expolicía que llevaba consigo pistas sobre el caso que investigaba; es decir, el de los habitantes del poblado.

El caso está casi resuelto dijo, tratando de entender la ubicación de la fábrica escrita en el expediente 458. Tomó sus llaves y mientras se dirigía al carro para emprender el camino hacia dicho lugar, sonó nuevamente el teléfono; era la secretaria, quien le comunicaba con el cliente nuevamente: “No vayas; mucho menos, lo hagas solo”, había dicho de manera rápida y colgando con agilidad. Pensó que la broma había llegado demasiado lejos; era alguien cercano. Puso ambos expedientes en el portafolio y llamó a secretaria. Cuando se levantó del asiento, una mujer que transportaba una bandeja con café para las personas de la oficina tiró sobre él algunos vasos. Algo más fúrico al teléfono, prosiguió: “Si alguien me necesita, dígame que salí para ver uno de los lugares marcados en el caso”. Luego colgó, sin más.

Al salir, subió a su coche y avanzó por algunas calles hasta que pudo ver algo que le colocó los pelos de punta. Los números que había anotado no eran de la fábrica como suponía; eran de un camión; él trató de alejarse un poco para seguirlo sin que se diera cuenta; dejaba pasar uno o dos coches hasta que al final lo llevó hasta dicha fábrica. Vio entrar al camión, con dos hombres. Él había aparcado el auto a algunos metros y decidió ir a pie hasta el lugar, escabulléndose sigilosamente con una cámara y el folio, llevando aún en el cinto su arma bien enfundada, no tanto por las constantes advertencias, sino porque se sentía seguro.

Como pudo, entró y se acomodó detrás de algunos barriles, mientras observaba a los hombres tender un plástico que habían bajado del camión. A continuación, escuchó a los hombres decir lo siguiente: “Hemos cumplido, -dijo uno de ellos-, trajimos ante ti al detective”; “Devuélvenos a nuestras hijas”, respondió el otro.

John creyó que se referían al detective muerto del expediente 457, pero esos pensamientos se esfumaron cuando vio asomarse frente a ellos a un hombre regordete de extremidades bastante anchas, que olfateó el aire y asintió, dejando salir a dos chicas tras él. “Váyanse”, -les dijo-; “Y olviden todo lo que han visto o, serán las próximas a quienes visite”.

Cuando John quiso tomarle una foto al hombre, aunque el sonido de la cámara era mínimo, pareció escucharse en toda la fábrica. John guardó silencio y solo escuchó los pasos que se acercaban a él. Cuando los conductores del camión se fueron, encendieron momentáneamente las luces y él vislumbró, en un lugar recóndito y oscuro, una serie de cuerpos apilados; sacó el folio y vio que eran las fotos del caso 457. Inesperadamente, John empezó a toser; pensó que la fábrica liberaba químicos tóxicos que, aseguró, se intensificaban en la zona donde él estaba; además, los cuerpos en descomposición le producían arcadas; así que, con dificultad cubrió su boca y leyó en el expediente 458:

Conseguimos descifrar que aquel monstruo en la fábrica es alimentado con personas vivas que algunos cómplices suyos traen de los poblados, de modo tal que contratamos a un chico nuevo para acabar con ese fenómeno sin forma; el agente del cubículo 16 fue impregnado con un fuerte químico bastante tóxico que, seguramente, matará al monstruo cuando este lo engulla.

Pasó algunas fotos más y encontró una de cuando la chica en la oficina le había tirado el café encima; siguió leyendo.

– Sospechamos que alguien más quiere advertirle al chico acerca de los casos, pero ya nos encargaremos de él.

Soltando los folios, quiso empuñar su arma, pero sacarla de la funda le costó trabajo; alzó la mirada y los brazos del hombre regordete se dividían en tentáculos más delgados y su boca se desencajaba. Se acercó de manera ágil y lo engulló. Finalmente, el monstruo empezó a toser, pues al parecer, la agonía no difería mucho en aquella monstruosa especie y así, finalmente, pereció.